

## LOS NIHILISTAS

INFORME leído por el Excmo. Sr. Marqués de la Vega de Armijo en sesión de 30 de Marzo de 1880, con motivo de un artículo de M. Anatole Leroy-Beaulieu, publicado en la **Revue des deux mondes** de 15 de Febrero del mismo año.

En diferentes ocasiones he llamado la atención de la Academia sobre una serie de artículos publicados en la *Revista de Ambos Mundos* por Mr. Leroy-Beaulieu sobre Rusia, en que se describe perfectamente la organización de aquel país en todos sus ramos, y aun he dado á la Academia una idea de la propiedad en Rusia, que junto con la constitución de lo que podríamos llamar el Municipio (*Mir*), es necesario tener presente para comprender algunas de las causas que pueden influir más ó menos directamente en el desenvolvimiento revolucionario que en particular desde 1860 viene notándose en Rusia.

No debe olvidarse que el comunismo puede decirse que constituye allí, hasta cierto punto, la organización de la propiedad rural, si se exceptúa el patrimonio de la nobleza, y que en aquel pueblo, compuesto de tan diversas razas, hay una diferencia grande entre unas y otras capas sociales, que casi vienen á hacer del pueblo y la nobleza una raza aparte, sin que baste á compenetrarse entre ellas lo que se llama la pequeña nobleza, especie de raza intermedia que ve con rencoroso celo la superioridad de la nobleza sobre ella, y que por el espíritu, no sólo de humildad, sino de vasallaje que ha

establecido la servidumbre, no considera como parte integrante del pueblo el *moujik* ruso.

No puede tampoco olvidarse el lector al recorrer estos artículos, que en medio de la verdad histórica que es resultado del estudio de las costumbres y organización de aquel país, hecho por el autor, se ve siempre en esa clase de publicaciones, cuando de Rusia se trata, un espíritu que podríamos llamar esencialmente rusófilo, que tiende á libertarle de esa especie de preocupación de barbarie que contra él existe en el resto de Europa; y que sin negar yo que en los últimos años, gracias á la iniciativa inteligente del Emperador actual, ha hecho quizás más progresos que cualquiera otra nación de Europa hubiese realizado en igualdad de circunstancias, es la verdad que las condiciones de un pueblo no se varían con una facilidad tan extraordinaria, y no deben haber contribuido poco al estado social en que hoy se encuentra, lo incompleto de las reformas hechas, y sobre todo la falta de preparación para realizarlas.

Me ha sugerido la idea de hacer este trabajo, que voy á someter á la superior ilustración de la Academia, el último de los artículos publicados por Mr. Leroy-Beaulieu en la revista de 15 de Febrero, recientemente llegada, con el título de *El partido revolucionario y el nihilismo*.

No da el autor á esta especie de secta socialista toda la importancia que sus recientes y atroces delitos le prestan hoy en Europa, puesto que pone en duda hasta la poderosa organización que se le atribuye; pero no niega, como no podía negar en su privilegiada inteligencia, los grandes peligros que entraña para el porvenir.

El nihilismo se recluta principalmente en las escuelas; y cuanto más importantes son éstas, como los Gimnasios, las Universidades, las Academias militares y hasta las eclesiásticas, más pronunciado es el espíritu revolucionario de los que de ellas salen. Para la mayor parte de los jóvenes, las tendencias revolucionarias no son quizá sino una moda; pero como todas las nuevas generaciones siguen el mismo camino, el contingente revolucionario no sólo reemplaza las bajas que la

experiencia ó el desengaño hacen en sus filas, sino que va cada día en aumento, y de ahí el temor de que llegue á ser un gran peligro.

De esta manera, la mayor parte de los revolucionarios pertenecen á las clases que antes se llamaban privilegiadas. Este fenómeno no es peculiar de Rusia, sino de casi todos los pueblos: mientras que la revolución no ha salido de la esfera de la teoría, se necesitan experiencias muy dolorosas para que la nobleza y la burguesía dejen de sostener la nueva doctrina, y aquel país no ha sido sometido aún á esas tristes pruebas. No diré yo, como el autor del artículo, que el pueblo ruso, considerado en conjunto, es completamente extraño á las ideas revolucionarias por sus costumbres, por sus creencias, por su amor á la tradición, así como por la veneración que tiene á la autoridad; pues si el *moujik* repugnara en efecto esas doctrinas subversivas que se le presentan, rompiendo con sus tradiciones y contra toda autoridad divina y humana, no se comprendería la especie de complicidad en que tiene que estar con los nihilistas para que no se descubran esas tenebrosas maquinaciones que tan horribles consecuencias están produciendo.

No quiere decir esto que ciertas doctrinas en un pueblo tan poco ilustrado como el ruso no encuentren, para ser extendidas, su principal obstáculo en esa misma falta de ilustración; pero esto, que podrá ser hoy una ventaja, dará en su día más terribles consecuencias si no se ataja en el origen y si no se dirige un movimiento que, al carecer hoy de adeptos en las clases populares, se observa, sin embargo, en los últimos procesos, que aparecen, en casi todos ellos, jóvenes del pueblo que no sostienen con menos valor las tristes consecuencias de sus extravíos que los sectarios más fanáticos.

Indudablemente, la gran dificultad para los revolucionarios es esa separación que existe en la sociedad rusa desde Pedro el Grande, que parece la divide en dos naciones distintas; pues las altas clases sociales y aun la pequeña nobleza, permanecen completamente alejadas del pueblo, hasta el punto de hacerlos completamente extraños unos con otros. Por eso se observa, y

va siendo común, ver lo mismo á jóvenes salidos de las Universidades que á señoritas de familias que han recibido una buena educación, dedicarse los primeros á los trabajos manuales del campo ó de la industria, y las segundas á oficios ínfimos para poder estudiar de cerca al pueblo é infiltrarse en sus instintos y deseos, á fin de iniciarlos en la obra, por ellos llamada de regeneración .

Como aquel pueblo ignorante desconoce hasta el vocabulario socialista, los hábiles propagandistas, conociendo el espíritu ^eminentemente supersticioso de aquellas masas, han tenido buen cuidado de presentarles las más de las veces las doctrinas nihilistas bajo el aspecto religioso. Esto, que en un principio no había dado grandes resultados, ha venido, juntamente con las historias maravillosas, á que tan dado es el pueblo ruso como todos los ignorantes, á hacer de la nueva doctrina socialista una especie de religión.

Sin embargo, menester es convenir que hasta ahora ni los habitantes de los campos ni los obreros de las ciudades han entrado en gran número á formar en las huestes socialistas: quizás la organización comunista de la propiedad en aquel pueblo entra por mucho en esta resistencia á las ideas revolucionarias ; pero aquel sistema de propiedad tiene que ir haciéndose más difícil á medida que la población aumente, y como no lleva en sí la recompensa de hacerla definitiva para el que se sacrifica por su mayor producción, no está lejano el día en que el afán de consolidarla sea un arma poderosa puesta en mano de los apóstoles de la nueva doctrina. Por otra parte, ya se sabe que la propiedad en Rusia no es toda de esa índole sino que la mitad del suelo cultivable es de los antiguos señores, y el espíritu de casta puede llevarles á buscar la compensación del desnivel de las tierras comunales, contra esa propiedad acumulada en manos completamente distintas de las clases populares.

Podría ser un medio de alejar este peligro la división de la propiedad colectiva, haciendo verdaderos propietarios de los que hoy no son más que usufructuarios. En la misma Rusia

hay quien no es partidario de esta clase de propiedad colectiva; pero las clases proletarias que bien pronto se formarían al consolidarse la propiedad, y la idea del *Mir*, que hoy tiene tan hondas raíces en aquella organización social, vendría á presentarse por los revolucionarios como una panacea contra todas las desdichas.

Ya se suprima ó se conserve la organización actual de la propiedad, es un arma poderosa que no dejarán de poner en juego los socialistas modernos en Rusia, y bien claro lo han manifestado al escribir en su bandera *Tierra y libertad*.

En ningún país puede cambiar de forma la propiedad con más facilidad que en Rusia, donde se halla sujeta siempre á un hukase del Emperador, de lo que es buen ejemplo lo sucedido con la servidumbre. Así se explica que haya habido más de una sociedad secreta formada para el reparto de la propiedad hoy común, en que á la vez que figuraban los hijos de las familias pudientes é influyentes de la localidad, creían los iniciados servir los deseos del Emperador al constituirlos.

El principal obstáculo en Rusia contra la propaganda revolucionaria está en la especie de veneración que el pueblo tiene por la persona del Soberano y por su fe; si estos lazos llegaran á romperse, los mismos revolucionarios no se hacen ilusiones y comprenden que ellos serían las primeras víctimas.

Hace más de veinte años apareció por primera vez y con este mismo nombre el nihilismo en las escuelas; parecía hasta cierto punto olvidado antes de adquirir la importancia que ha alcanzado en estos últimos tiempos, aunque no sin dejar de preocupar á la policía, por el favor que siempre tenía entre la juventud de las Universidades. El nihilismo no es un sistema como el positivismo de Augusto Comte ó el pesimismo de Schopenhauer; no es tampoco una forma nueva del viejo escepticismo ó del antiguo naturalismo. En filosofía es un grosero materialismo casi ajeno á toda ciencia. En política es un radicalismo socialista, que se preocupa menos de mejorar la sociedad, que de acabar con todo lo existente, así social como político. No es un verdadero partido, porque no tiene más programa

que la destrucción. Bajo sus banderas caben todos los revolucionarios, autoritarios, federalistas, comunistas que no se ponen de acuerdo sino dejando para después del triunfo el decidir cuál será la organización definitiva de aquella sociedad.

Si en un principio se pensó en que tuviera por base la federación de los Ayuntamientos independientes, en 1874, después de fundado el periódico *Vpered* por Lavrof, ante la duda de cuál debería ser la manera de preparar y dirigir la revolución, Tkatehef, en un folleto titulado *La propaganda revolucionaria en Rusia*, declaró que en lugar de preocuparse de la organización futura, no debían los revolucionarios tener otra idea que la destrucción de lo existente, cuyo consejo ha venido á ser la regla de conducta del partido de acción.

Pretenden algunos que el nombre de *nihilismo* no es más que un mote puesto por los que ven su nulidad científica y sus aspiraciones destructoras. Sin embargo, Mr. Leroy-Beaulieu cree que el nombre de nihilismo viene de una novela de Ivan Tourguenef, titulada *Padres é hijos*, en que el célebre novelista ha pintado la primera generación de nihilistas.

Como la Academia puede observar, en la misma resolución primera de los revolucionarios rusos se pinta la desesperación de los iniciadores del movimiento, á quienes sólo preocupa la destrucción de todo lo existente, que les es insoportable; pero también se encontraría fácilmente en ello la justificación de lo que ya he apuntado en este trabajo más de una vez, y es que se busca cierta complicidad entre todos los que se hallan quejosos de la organización de aquel país y que á la sombra de ese nombre genérico han conseguido una fuerza que les ha permitido desarrollar su acción, llegando en los medios de realizarlo hasta los deütos más horrendos. Mientras que si proclamaban una doctrina que pudiera herir cualquiera de los sentimientos arraigados en el pueblo ruso, jamás habrían adquirido, si no la importancia, por lo menos la impunidad que hoy gozan.

El nihilismo carece de originalidad, y en medio de todas sus exageraciones no hace más que seguir la corriente de los revolucionarios de Occidente, y á pesar de sus millares de adeptos

celosos y convencidos, no se puede decir que es una escuela, porque no tiene ciencia propia, y, en lo poco que su doctrina abarca, es hijo de las teorías y de las escuelas extranjeras.

Según el autor del artículo que sirve de mira á este trabajo, el nihilismo puede, sin embargo, jactarse de tener un legislador de su utopía ó un profeta, que en su corta carrera de apóstol, desde 1855 á 1863, ha tenido sobre la juventud un ascendiente que sus desdichas no han hecho más que aumentar.

Este propagandista infatigable, que hace dieziocho años que está en Siberia, adonde fué condenado por propalar ideas revolucionarias; que ha estado siete trabajando en las minas, y que una vez cumplida su condena envejece en la inacción y aislamiento, lejos de toda comunicación con la Rusia y el mundo entero; este hombre, que se llama Tchernychevski, escritor distinguido é infatigable, que lo mismo maneja una lógica terrible que una mordaz ironía; vigoroso á la par que de flexible carácter; entusiasta y enérgico; inteligencia verdaderamente rusa, así por sus defectos como por sus calidades; filósofo, economista, crítico, novelista y siempre misionero de las desdichadas doctrinas de que ha sido uno de los primeros mártires, tiene en sus trabajos científicos la teoría ó la *suma* del radicalismo ruso, y en una novela singular é indigesta, escrita en el fondo de una prisión, ha formado el poema y el evangelio del nihilismo •.

Por más que en su larga y fastidiosa novela no tenga nada de original, y que sus ideas sobre Economía política y Filosofía; así como sus teorías, pertenecen á Alemania, Inglaterra y Francia, su forma mística es la que ha dado la verdadera importancia á su novela.

El nihilismo contemporáneo está muy lejos de seguir servilmente las lecciones que Tchernychevski y otros escritores de la

1 La novela se titula *Chto delat* (¿Qué hacer?). Ha escrito además un tratado de estética naturalista sobre las relaciones del arte y la realidad; un estudio que titula *El principio antropológico enfilosofía*, y una crítica de la Economía política de Stuart Mili.

misma escuela le dan, por más que glorifiquen su nombre y reconozcan su importancia.

Bajo el punto de vista filosófico, dice con razón Mr. Leroy-Beaulieu que el nihilismo ha salido de la reunión de dos tendencias opuestas del carácter ruso: la tendencia á lo absoluto y la tendencia al realismo. De esta unión contra la naturaleza ha nacido este monstruo antipático, uno de los más tristes resultados del espíritu moderno.

Esta es una prueba más de esa carencia de todo freno y tenacidad en lo especulativo, que es tan frecuente en el carácter ruso, aunque con menos tendencia á la ciencia y al método que entre los alemanes. Bajo el punto de vista moral y político es una especie de pesimismo medio instintivo, medio reflexivo; pesimismo al cual la naturaleza y el clima no son del todo extraños, y que han fomentado la historia y la organización política. No viendo por todas partes el nihilismo más que el mal, aspira á destruirlo todo: gobierno, religión, sociedad, familia, para fundar una nueva organización sobre las ruinas de lo existente. El nihilismo no tiene nada del escepticismo crítico que compara y examina y que reserva su juicio y su libertad. Es una negación que se afirma y no admite examen; es una especie de dogmatismo inverso, tan pequeño, tan ciego, tan imperioso é intolerante, como califica á las creencias tradicionales, cuyo yugo repugna.

Leroy-Beaulieu lo compara con la intemperancia de los crédulos que acaban de emanciparse. Para la mayor parte de los sectarios, las doctrinas nihilistas no son más que una protesta viva contra las supersticiones que dominan aún las masas populares, contra la servidumbre política como contra la hipocresía intelectual ó las conveniencias sociales que existen en las altas clases.

El autor cita un ejemplo que es la demostración práctica de la doctrina que acaba de sentar; pero para comprender su importancia conviene tener presente que el ruso, cuando quiere neutralizar un presentimiento, significar su admiración ó manifestar su menosprecio, siempre escupe. Pues bien: cuenta

que preguntándole á un nihilista por su doctrina, contestó: «Tomad la tierra y el cielo, el Estado y la Iglesia, los reyes y Dios; escupid sobre todo eso, y ahí tenéis nuestra doctrina.» El nihilista tiene su mayor placer en despreciar todo lo que antes veneraba el ruso, signo de la profunda discordancia de ideas y de sentimientos que sufre su razón. Lo mismo en lo moral que en lo físico, en el hombre que en la naturaleza, los extremos se tocan. A la más sencilla veneración política y religiosa responde el más desenfrenado cinismo intelectual y moral. Tiene además el nihilismo otra tendencia esencialmente opuesta al materialismo: el misticismo. Estos hombres que desdennan toda creencia, todo ideal, tienen también sus sueños. En este realismo materialista se encuentra una especie de idealismo. Del seno de ese mismo idealismo, que maldice el orden social, sale una especie de optimismo desenfrenado que sueña con un porvenir utópico.

En Rusia, en donde considerarían una injuria la mayor parte de los jóvenes el ser llamados ideólogos, no tienen inconveniente, sin embargo, en lanzarse en los ensueños más temerarios, en asuntos que menos se prestan á ellos. En las cuestiones económicas y sociales es cabalmente donde los rusos buscan lo absoluto. En este terreno, el espíritu nacional se manifiesta en sus diversas fases, en su duda y su desden por las creencias recibidas juntamente con su confianza sencilla en las tesis dudosas y su afición á la paradoja.

Tocqueville ha dicho que la idea revolucionaria moderna obra á la manera del sentimiento religioso; entre los nihilistas, la revolución ha venido á ser una especie de religión con su dogma y sus mártires. Entre ellos, la negación ha tomado el aspecto y los caracteres de la fe, creándoles el fervor entusiasta que nada detiene. Por eso ha podido calificarse con razón como una especie de secta, y los que se burlan de toda fe y toda creencia han constituido una nueva religión en que honran la memoria de sus mártires.

El que lea la célebre novela de Tchernychevski nota la alianza singular entre el misticismo y el realismo. En esta larga y

pesada historia que pretenden pintarnos los reformadores de la sociedad y los sabios del porvenir, se observa que por medio de símbolos y sueños, al revelar á la heroína de la novela sus propios destinos, lo hace délos de la mujer y de la humanidad. En la novela del prisionero de Siberia, al lado del misticismo humanitario se encuentra una especie más singular, si cabe, de ascetismo naturalista. El revolucionario ideal, el tipo acabado del hombre del porvenir es un llamado Rakhmétov, que no sólo tiene todas las perfecciones morales de la solidaridad y de la fraternidad soñadas, sino que, como un anacoreta cristiano ó un estático de la India, Rakhmétov tiene verdadera satisfacción en renunciar á los placeres de la vida y á los goces de los sentidos; se priva y se mortifica para asemejarse á su dios, el pueblo oprimido. Cuando le sirven manzanas no las come, porque en Rusia es el solo fruto que puede comer el pueblo. Si no lleva cilicio, en cambio no duerme en cama y lo hace sobre un fieltro sembrado de clavos de media pulgada de largo.

Hay pocos Rakhmétov fuera de la novela, y la mayor parte de los admiradores de Tchernychevski se abandonan á sus tristes doctrinas. Sin embargo, hay entre ellos á veces ejemplos del estoicismo reclamado por el escritor de la novela. Entre los de uno y otro sexo que profesan el amor libre, se observa la contradicción singular de no usar del derecho que reivindican.

Esto se nota con mayor facilidad entre las mujeres, cuya imaginación está más dispuesta á las contradicciones, y no es extraño, por lo tanto, ver entre esas jóvenes que predicán el amor libre, que llevan el pelo cortado é imitan los aires varoniles, encontrarlas muchas veces de una conducta irreprochable.

Tiene también el nihilismo sus vírgenes, que han sabido defenderse de toda clase de seducciones, á pesar de sus veinte años y de ser conducidas á Siberia por conspiradoras; y, lo que es más singular todavía, tiene también sus uniones místicas y platónicas, sus esposos sin serlo, que, casados á los ojos del mundo, obran como si no lo estuvieran, que es lo que se llama en la secta el matrimonio *ficticio*. Desde el proceso de Netchaief, dice el autor que hay pocas causas criminales que no hayan

revelado esta clase de uniones. Para las jóvenes se explica esto como un medio de emancipación que facilita también la propaganda política. La joven que, como ellos dicen, ha sido ganada para la causa santa, se la busca un marido que le dé la independencia de la mujer casada; las más veces es el iniciador ó el que las catequiza; otras, un amigo, y en ocasiones un desconocido buscado por las circunstancias. Solovief, el autor del primer atentado contra el Emperador Alejandro II en 1879, había contraído un matrimonio de esta especie. En realidad, la novia no se casa sino con la secta, y la mayor parte de las veces, desde el día de su matrimonio, los esposos se separan para hacer cada cual por su lado la propaganda. Para muchos, el casamiento ficticio es la reunión de dos camaradas; para otros, una manera de hacer ver la poca importancia que dan á la unión bendecida por la Iglesia y sancionada por el Estado; el medio de ponerse fuera de la ley y por cima de las preocupaciones sociales á que finge someterse. El marido no se aprovecha de los derechos que le da la religión y la ley; la mujer conserva su libertad dentro de los lazos legales, y después de haber despreciado las uniones naturales con su marido, puede, con consentimiento de éste, practicar, si le parece bien, el amor libre.

Para otros es una especie de noviciado que después de unos años de prueba da lugar á una unión más natural. De esta manera, en la novela de Tchernychevski, Vera y Lapoukhof vivían como hermanos, teniendo dos habitaciones, aunque bajo el mismo techo, con un terreno neutral hasta el día que una sola habitación reunió á los dos esposos. Así siguieron; pero el marido descubre las simpatías de uno de sus amigos y de su mujer y desaparece discretamente para no crearles dificultades ni escrúpulos, salvo volver bajo otro nombre al cabo de algunos años para asistir como testigo presencial á su felicidad.

Este mismo tema está desenvuelto en otras obras de escritores rusos.

El nihilismo, al cesar de ser negativo, se ha hecho completamente revolucionario y socialista, sin reparar para ello en

ninguna clase de excesos y con una abnegación religiosa que lleva á sus sectarios á desafiar la deportación y la muerte. Pero en lo que se distingue especialmente de las demás escuelas revolucionarias es en la manera de dirigirse al pueblo, con el cual procura mezclarse para comprenderlo mejor, viviendo del trabajo manual y olvidando lo que llama las preocupaciones de la educación. No parece sino que el nihilismo ha querido imitar, hasta donde ha podido, á los Apóstoles del cristianismo. Sólo en Rusia, como ya hemos hecho notar, se ve al inteligente estudiante que abandona los libros para hacer la vida del obrero, ó á la señorita bien educada que al volver de un viaje al extranjero entra de cocinera en una casa pobre ó se hace maestra de una aldea insignificante para ejercer con más faciüdad su propaganda revolucionaria. Aquí se revela bien claramente el instinto positivo del pueblo ruso que se mezcla á cada instante con sus originales teorías.

Así y todo, estas excentricidades no dejan de revelar cualidades en aquel pueblo que cabalmente le habían sido siempre negadas.

En Rusia, los verdaderos adeptos de la nueva doctrina se encuentran, como ya hemos visto y nos lo revelan los procesos que hasta ahora han tenido lugar, entre los jóvenes de menos de veinte años. En todos los países los jóvenes y las mujeres son los más dados á las novedades y al sacrificio; pero en Rusia este fenómeno se observa en mayor escala y se explica porque sólo la imaginación puede concebir que con tan escasos medios se quiera combatir y destruir un poder tan fuerte. Quizás en esto mismo se prueba el carácter nacional que con tanta facilidad pasa de un extremo á otro y que gráficamente explica la dificultad que tienen los padres y los hijos para comprenderse mutuamente. Con el contacto de la vida real, los instintos prácticos y positivos sobrepujan á los románticos y revolucionarios y relegan á la esfera de los sueños las teorías que antes inflamaban la imaginación hasta el martirio.

Por otra parte, el ruso, en cuanto acepta las ideas del Occidente, quiere sobrepujarlas y va siempre más lejos que cual-

quiera de los innovadores de otros países. El ruso tiene algo del joven, que cuando acoge una idea se le figura que el iniciador se ha quedado en el camino, y tiene la manía de ir más lejos que él. Así se explica que mientras que los unos desesperan, desde su esfera positiva, del porvenir de Rusia, otros lo aguardan confiados, mientras que los revolucionarios afirman que ellos solos lo harán cambiar en un día por completo, entregándose para conseguirlo á las más locas y odiosas maquinaciones.

Fundado el autor del artículo en las condiciones especiales de Rusia, en lo diseminado de su población, en las pocas ciudades que existen y en la falta de masas populares en las más grandes, capaz de hacer una revolución, confía que las ideas de los nihilistas no han de realizarse y procura tranquilizar á la Europa sobre los peligros que puedan de allí sobrevenir.

No niega que tengan organización; pero examina los medios con que cuentan, y con razón dice que no es con algunos millares de jóvenes, por fanáticos que sean, como se destruye la organización de un pueblo de ochenta millones de habitantes, y que nada harán mientras no tengan de su parte el sentimiento nacional. Podrán matar á algunos funcionarios, llegarán quizás hasta á hacer volar el palacio imperial y quemar poblaciones; pero en medio de todo eso, no han conseguido hasta ahora levantar en favor de su doctrina el pueblo más insignificante.

De nada les ha servido conseguir tener sus adeptos en el mismo ejército, con su agitación constante y su impotencia manifiesta; pues no han hecho otra cosa que hacerse odiosos al pueblo y dar fuerza á los enemigos del progreso.

Un tanto exagerado se muestra Mr. Leroy-Beaulieu en esta parte de su artículo. Para sostener que el nihilismo no aumenta sus prosélitos, llevando el terror á todas las clases, sería menester olvidar la impunidad en que han quedado los procesos más escandalosos, como el de Vera Zassoulitch, á quien el Jurado compuesto de personas notables, declaró inocente, á pesar de haber confesado que premeditadamente había hecho fuego contra el general Trepof, jefe superior de la policía de San Petersburgo; veredicto que no bastó á explicar ciertamente el que

este funcionario, á pesar de la prohibición impuesta desde 1863 de hacer uso de los castigos corporales, los hubiera hecho aplicar á un preso político.

Tampoco puede olvidarse, para comprender la verdadera situación de Rusia, que hace algunos años, lo que podríamos llamar las Diputaciones provinciales del Imperio en sus diferentes provincias, acudieron respetuosas, pero unánimemente, al Emperador pidiéndole autorización para ocuparse de los intereses locales, y que no fueron atendidas sus indicaciones y súplicas, por más modestas y humildes que fueron.

Mr. Leroy-Beaulieu, 9n embargo, reconoce que esta agitación constante, que él supone sólo en la superficie de aquella sociedad, puede llegar á ser un peligro, y que desconfía que el temperamento del pueblo ruso sea bastante fuerte para triunfar de él. El espíritu revolucionario no es de esos males que la naturaleza sola puede curar; es una úlcera que, si no se cuida, llega á inficionar el cuerpo social.

No es restringiendo el número de alumnos de las Universidades, ni modificando los programas de estudios, ni rechazando las jóvenes que quieran adquirir instrucción, ni sujetando á los estudiantes á la disciplina militar como puede curarse esta llaga.

Contra la epidemia revolucionaria, la ciencia moderna no tiene preservativos ni remedios. Para los pueblos contemporáneos, el espíritu revolucionario es un mal con el que es necesario acostumbrarse á vivir. La cuestión está en ser bastante fuerte para soportarlo, y el medio mejor de todos los conocidos es la libertad política. Este sistema para algunos podrá ser peor que la enfermedad que se quiere curar, y, sin embargo, es á su juicio como al mío el sólo eficaz.

En resumen, hemos visto que el autor, con cuyas apreciaciones no convengo muchas veces, como resultado del estudio que por mí mismo he podido hacer en aquel país, y que si parece como que quiere tranquilizar á la Europa ante el espectáculo horrendo del nihilismo, viene en último término á dar la verdadera importancia al movimiento de opinión que hoy día debe

existir en Rusia cuando no vacila aquella sociedad en soportar sus manifestaciones más repugnantes, haciéndose cómplice hasta cierto punto de ellas; pues sólo así se explica que á pesar de la poderosa organización de su policía, ante los grandes y terribles medios con que aquella política cuenta para sostener su forma de gobierno, se hace imposible el descubrimiento de los culpables que no son cogidos *infraganti*.

Al ver que las mismas medidas terroríficas llevadas á cabo contra los polacos, y generalizadas hoy en todo el Imperio, han sido quizás el medio más eficaz de propaganda que ha tenido la revolución en Rusia, el hombre pensador no puede monos de preocuparse. No salían impunemente aquellos largos convoyes de deportados á Siberia. El pueblo ruso pudo en un principio considerar á los polacos como sus enemigos; pero acabó por admirar su perseverancia y resignación en aquel interminable viaje á través de Rusia, y más tarde en la residencia constante en aquellos países inhospitalarios en que, sin embargo, se hacía fácil la propaganda.

Hoy la facilidad de comunicaciones con el resto de Europa, y las nuevas ideas de libertad traídas por el mismo ejército que, en su campaña triunfante sobre Turquía, ha sabido crear reinos libres é independientes, fundados en el espíritu constitucional moderno, son circunstancias todas que es menester también tener presentes para fallar sobre el gran proceso que preocupa á la Rusia.

Si un día y otro se suceden horribles crímenes, cuando el espíritu público llega á pervertirse hasta el punto de ver que la prensa europea trae las declaraciones públicas, más ó menos autorizadas, del que ha contribuido á uno de esos crímenes abominables, y que circunstancias políticas, más que de otra índole, han hecho ineficaces las reclamaciones de la justicia, rompiendo acaso, con su negativa, alianzas que habrían podido contribuir á la revancha que tanto codicia un pueblo que es imposible se conforme con su actual existencia en los consejos de Europa; cuando todo esto sucede y pasa, no puede menos

un mal social y político que es menester remediar dirigiendo la opinión y apartándola de ese espíritu de destrucción é inmoralidad que no puede ser, que no será nunca la base de la verdadera libertad.

Así parece haberlo comprendido aquel Soberano ilustre que supo iniciar la gran reforma de acabar con la servidumbre de veintitrés millones de seres humanos, hasta contra la opinión de esos mismos consejeros que no han sabido completar esta grande obra con las reformas que habían de ser necesariamente su complemento, para evitar el estado de agitación en que hoy se encuentra su país, y que es generador, más ó menos directo, de horribles crímenes. Tal debe haber sido el pensamiento del Emperador Alejandro II al colocar á la cabeza de lo que podríamos llamar esa dictadura salvadora, al hombre conocido ya por su energía y lealtad al Emperador; pero que, al mismo tiempo que toma sus precauciones contra la monstruosa asociación que todo quiere destruirlo, busca en la opinión de los elementos prudentes de aquella sociedad el consejo para realizar las reformas que, hechas á tiempo, habrían evitado gran parte de los crímenes que horrorizan hoy á la Europa.

Crear que se puede vivir la atmósfera de la libertad sin el organismo de los pueblos libres, es la mayor de las locuras, y, respetando todas las opiniones, no es ciertamente lo que ocurre en Rusia la mejor de las pruebas de la doctrina contraria.

El nihilismo no es más que la consecuencia de su misma organización. En un pueblo en que están concentrados y sin deslindar todos los poderes; en que el Emperador lo mismo es sumo imperante que pontífice; en que la organización civil apenas se distingue de la militar; en que los tribunales no eran independientes hasta estos últimos tiempos; en una nación cuyo pueblo es más fanático que religioso, pero cuyo clero no está adornado de saber ni de virtud, no pueden, los que pretenden ser sus regeneradores, limitarse á predicar doctrinas socialistas como los reformadores de la sociedad moderna en los demás pueblos de Europa; tienen que pedir la destrucción de todo lo

existente, pues todo dependo de una sola voluntad y obedece al mismo sistema.

De desear será que saliendo al encuentro de las verdaderas necesidades del pueblo ruso un Gobierno inteligente, desarma la opinión excitada, y aislando el crimen de las verdaderas aspiraciones de la libertad, pueda castigarlo con mano fuerte, trayendo ese gran pueblo, en que se desarrolla el espíritu eminentemente nacional, por completo á la vida de la Europa civilizada, y realizando así los deseos de los que, si aman la libertad, la quieren compañera inseparable del orden, sin el cual no hay verdadera civilización.